

titud tan manifiesta para toda labor intelectual, una falta tan absoluta de discernimiento para apreciar la vulgaridad y el prosaísmo incalificables de sus producciones, que restan toda serenidad para estudiarlas siquiera con un poco de seriedad. Hay un cuento *Dolor a solas* que se inicia así:

Era una tarde de otoño. En el inmenso bosque umbrío de una casa solariega, por el amplio camino que conduce al lago, donde los cisnes ierguen vanidosos sus largos y lustrosos cuellos para mirarse en el dilatado espejo de las límpidas aguas, etc. . . .

¿Para qué seguir? Todos son así. En medio de sus narraciones, el señor Garzón quiere hacer reflexiones, y su espíritu de vulgaridad notarial y de ñoñez beata, se expresa en la siguiente forma, con motivo de una pelea de dos perros:

Cada ser, sí, cada uno tiene su día trágico en la vida. . . Ellos, los dos hermosos cachorros habían entrado en turno. Y ni las caricias, ni los mimos de sus protectores podrían parar el golpe del destino. Llegaba la hora. . .

Como puede verse, esto queda fuera de toda apreciación benévola o condescendiente. Cuando se piensa que cuentos de animales han escrito Kípling, London, Jules Renard, etc., se siente indignación respecto de estos doctores, sin honradez artística alguna, empeñados en la tarea de literaturizarse, que publican engendros semejantes. Pero de todo puede desprenderse una lección, lección que sentimos

que el autor, observador de la vida de los animales, no haya deducido. Y es que si, como afirma el señor Garzón, los animales de sus cuentos, tienen los mismos sentimientos y pasiones que los humanos, tienen también una cualidad que el señor Garzón, debía notar, y es que no escriben ni publican cuentos.—
Abel Valdés A.

BABBITT, por *Sinclair Lewis.*

La aparición de *Babbitt* en castellano significa la difusión del mejor novelista contemporáneo de los Estados Unidos en los pueblos que padecen bajo el imperialismo norteamericano. Otros escritores han extremado la crítica de la gran nación del norte en variados aspectos. Waldo Frank ha pintado la génesis del maquinismo en *Our America* y *Salvos*. Eugenio O'Neil ha desgarrado los bajos fondos ciudadanos para exhibir la palpitante tragedia de la miseria social. John Dos Pasos ha señalado en *Manhattan Transfer* los más dolorosos aspectos de la ciudad mammónica del Hudson. Upton Sinclair ha reiterado el proceso de los grandes escándalos, monopolios y atropellos de la burguesía yanqui. Otros novelistas, por fin, como Dreisser y Sherwood Anderson, revelaron matices distintos de la psicología americana. Pero nadie ha hecho un análisis tan minucioso, sarcástico, implacable y certero como Sinclair Lewis. Sus novelas forman un ciclo perfecto de la hipocresía estadounidense. Des-

de *Nuestro Señor Wren* (1914) hasta *Samuel Dodsworth* (1928) ha desfilado por sus relatos sociales una galería curiosa y decisiva de tipos que son víctimas de una organización implacable. Entre estas novelas se destaca como algo ya clásico el *Babbitt*, aparecido en 1922.

Jorge Babbitt se irá con el tiempo un nuevo Sancho, pero sin su acompañante y señor tradicional. Como Sancho tuvo también su rebelión y quiso rescatar las debilidades y abyecciones con una actitud liberadora.

Abundan en los Estados Unidos de hoy las novelas de este tipo. En ellas la trama y lo episódico desaparecen para ceder el paso a una serie de diálogos, tipos y escenas que van entregando el secreto psicológico de una mentalidad. El novelista, como un acusador de una sociedad despiadada, acumula los antecedentes de su condenación. La crítica está latente, pero no salta a la superficie. Se oculta centelleadora en los mil detalles que delatan la fisonomía mammoníca del burgués medio de los Estados Unidos.

Babbitt vive con relativo confort. Crece en una atmósfera de bienestar que se eleva. Habita una ciudad simbólica—Zenith—cuyo ámbito le es familiar por dedicarse a la venta de propiedades y al reclamo de las mismas. Cada palmo de la ciudad representa para Babbitt una posibilidad más dentro de su existencia. Pertenece a un club, cultiva la vida social, posee un automóvil, siente, a veces, la satisfacción de estar bien situado en el mundo.

Sinclair Lewis concede una importancia capital a todos los detalles de su personaje. La indumentaria, el gesto, la actitud, todas sus características se destacan con fuerza minuciosa. Sinclair Lewis ama la técnica moderna del detalle. Se detiene en cuanto realza su escenario y pasea su ojo crítico sobre los trajes, muebles y fiestas de la burguesía.

El traje gris, bien cortado, bien hecho, carecía de distinción. Era un traje como los hay a millares. Una tirilla blanca en la V del chaleco daba a su dueño aspecto de abogado. Iba calzado con botas de cordones, botas buenas, botas fuertes, botas modelo, botas extraordinariamente desprovistas de interés. Su única frivolidad era la corbata de punto morada. Después de innúmeras observaciones sobre la cuestión dirigidas a su señora (que, haciendo acrobáticos esfuerzos para sujetarse por detrás la falda a la blusa con un imperdible, no oyó palabra de lo que dijo), se decidió a llevar la corbata morada en vez de otra, que ostentaba un complicado dibujo de arpas entre palmeras, y clavó en ella un alfiler, una cabeza de serpiente con ojos de ópalo. (Pág. 19.)

Esta descripción es típica de Lewis. En ella advertimos una lenticulosidad que no resta interés. Con tal procedimiento señala hasta los menores aspectos de una semblanza. Recuerda, a veces, el procedimiento de John Galsworthy en *The Forsyte Saga* o las desazonantes minucias de Henry James en *El Retrato de la Señora*.

Cuando Lewis pinta la casa de Babbitt con su mujer arribista y

sus hijos incontrolables, abunda también en pequeñas divagaciones, que hace culminar en una frase decisiva:

En realidad, la casa de Babbitt tenía un sólo defecto: no era un hogar.

Para la ubicación del personaje son prometedoras estas frases:

Pero Babbitt era virtuoso. Abogaba, aunque sin dar ejemplo, por la prohibición de la bebida; elogiaba, aunque no las obedecía, las leyes contra el exceso de velocidad; pagaba sus deudas; contribuía a la Iglesia, a la Cruz Roja y a la Y. M. C. A.; seguía las costumbres de su grupo y hacía trampas sólo cuando estaban santificadas por algún precedente. Jamás descendía al timo, aunque lo abordaba. (P. 57.)

El criterio calculador del yanqui y su sentido absolutista del *Time is money* se refleja en esta reflexión:

Dispensándole de parar el auto para encender una cerilla le ahorraría fácilmente diez minutos en un mes o dos. (P. 65.)

A través de la vida de Babbitt y de sus conversaciones con hombres de negocios y pequeños y grandes burgueses, se destrama la organización farisaica de los Estados Unidos y todos los tópicos de su falsa eficiencia.

Nadie como Lewis acometió jamás la empresa de desnudar en público a los fariseos y nadie tampoco ridiculiza con procedimientos más cáusticos los métodos educacio-

nales de su patria. Ejemplo estas reflexiones que coloca en boca de un personaje sobre los cursos por correspondencias:

Comprendo la influencia que esos cursos pueden tener en la educación. Claro que yo nunca lo digo en público (graduado de una Universidad del Estado, no puedo menos, aunque sólo sea por patriotismo y por decencia, de dar bombo a la institución donde me he educado), pero en realidad se pierde una barbaridad de tiempo en la Universidad, estudiando poesía y francés y otras cosas que nunca le han producido a nadie un centavo. No sé, pero quizá esos cursos por correspondencia resulten una de las más importantes invenciones norteamericanas. ¡Lo malo es que hay tantos materialistas! No ven el lado espiritual y mental de la supremacía norteamericana; creen que invenciones como el teléfono, el aeroplano, la telegrafía sin hilos... no, esa fué una invención italiana, pero es lo mismo; creen que tales progresos mecánicos son lo único que nos importe; mientras que un verdadero pensador ve que los movimientos espirituales dominantes como la Eficiencia, el Rotarianismo, la Prohibición y la Democracia son nuestra mayor y más auténtica riqueza. Y quizá este nuevo principio de educación en casa sea otro..., quizá sea otro factor... Lo primero. Ted, es tener visión. (P. 96.)

Lewis descarga su ironía contra el supuesto amor a la ciencia en los Estados Unidos y después se encarga de poner en su sitio la fiebre religiosa yanqui, que no es siempre de origen sincero. En el fondo de muchos movimientos religiosos sólo hay falsa, mentira, negocio y embaucamiento de los imbéciles

con recetas de un mentido espiritualismo.

Por ahí habla de un Doctor Drew que anuncia vastamente sus sermones «sobre la deshonestidad de las faldas cortas o sobre el autor del Pentateuco». Esta sátira religiosa se amplifica más adelante. Se habla de una propagandista en esta forma:

La Sra. Opalo Emerson Mudge. La conferenciante de la Liga Americana del Nuevo Pensamiento. Va a hablar de cómo se cultiva el espíritu solar ante la Liga de la Suprema Iluminación en el Hotel Thorleigh. (P. 372.)

Y en otra parte acoge un reparo que formula un beato al Dr. Drew:

El Reverendo Drew será un sabio y un gran orador en el púlpito y todo lo que quieras, pero no tiene lo que la Sra. Mudge llama el Fermento Interior; no tiene inspiración para la Nueva Era. Las mujeres de ahora necesitan inspiración. De modo que vendrás como has prometido...

Babbitt se desenvuelve en tal ambiente de un modo normal en un principio y sólo decide luchar en su contra cuando lo invade cierta nostalgia de una existencia más libre. Se formulan interrogaciones en su cerebro tupido, y destellos de una verdad nueva desgarran las tinieblas internas de este hombre producto. Babbitt, con todo, es un ser simpático, que lleva en su corazón fermentos de rebeldía. Se conmueve con la injusta persecución de que es víctima Séneca Doane, un abogado tildado de comunista, por los Rotarios y miem-

bros del Booster Club, una institución semi-rotaria en que descansa el reposo social de los habitantes de Zenith.

Babbitt trata de ser rebelde y aquí una dulce emoción embarga las páginas de la novela. Sinclair Lewis, no obstante, hace triunfar la acerada realidad americana y el pobre sujeto es aplastado por el boycott con que acogen al disidente los sólidos burgueses de la gran ciudad.

Babbitt siente un cerco de aislamiento y de recelo. Sus resortes morales fallan y el desaliento ocupa el sitio donde alentó un resplandor de ternura humana. Han vencido los Alces y Rotarios, los hombres buenos y defensores del Americanismo.

Lewis es un novelista objetivo, frío, impacable. Rara vez se exalta, y cree en un determinismo inmisericorde. No aconseja remedios ni resuelve problemas. No tiene ese aliento mesiánico, de raíz hebrea que hay en Waldo Frank. Su determinismo lo conduce por un sendero de observación extremada y de documentación aplastadora. Sus novelas son verdaderas actas de acusación a una sociedad materialista; pero nunca aparece, junto a su aspecto negativo, una solución o una esperanza. Así, cuando Babbitt está derrotado moralmente, lanza esta exclamación conmovedora: «¡Dios, parece que no puedo dejar de pensar en la gente!» Y el novelista añade:

Y así llegó a comprender que era una locura escapar, porque nunca podría escapar de sí mismo.

El mérito de *Babbitt* es haber caracterizado eternamente al americano del montón, que no es malo en sí, pero está condenado a una existencia que deriva de una organización social despiadada. Como Jorge Babbitt hay millares de ciudadanos que quizá han sentido, en un momento de nobleza, una actitud rebelde y libertadora. Sinclair Lewis ha recogido su fisonomía en una caracterización perdurable. Es la novela broncínea de la burguesía yanqui. No conocemos fuera de *Elmer Gantry*, del mismo autor, de la *Tragedia Americana* de Dreisser y de *Rahab* de Waldo Frank, páginas tan humanas y emocionantes, a pesar de la caparazón realista que las cubre. La piedad ha logrado, esta vez, conmover al determinismo de su autor, cuya obra novelesca, sin disputa, significa lo más sólido de las letras norteamericanas de hoy.—Ricardo A. Latcham.

— — —

LOS HOMBRES EN LA CÁRCEL, por
V́ctor Serge.

Lémos el nombre de V́ctor Serge, por primera vez, en el libro *Rusia al desnudo*, de Panait Istrati.

He encontrado aqú a dos escritores franceses, Pedro Pascal y V́ctor Serge, que viven en Rusia desde hace largo tiempo, dice Istrati en aquel libro, V́ctor Serge es anarquista y estaba en Rusia traduciendo al franćs las obras de Lenin.

Tales eran las noticias que Istrati daba de él. Ahora, su libro

Hombres en la cárcel (1) nos permite conocer la obra de este hombre. *Hombres en la cárcel* es una novela autobiográfica: la vida de Serge en los presidios franceses durante cinco años. Más que una novela, es un libro de psicología presidiaria, un conjunto de cuadros en que se muestra la vida del presidio en toda su amplitud: los hombres y el sistema. La anécdota está ausente de este libro; no se cuenta en él ninguna historia judicial ni criminal. Serge observa al hombre desde que entra al presidio hasta que sale, sus preocupaciones, sus reacciones, las relaciones de los presos entre sí y entre ellos y los hombres que los vigilan.

Todos los hombres que han conocido de veras la cárcel saben que ésta puede extender sus agobiadoras garras mucho más allá de sus muros materiales. Hay un minuto en el que aquellos cuya vida ha de triturar sienten con una precisión terrible desaparecer todo presente, toda realidad, toda actividad—todo lo que constituye su vida real—a la vez que se abre un nuevo camino por el que se penetra dando traspies de angustia. Este minuto glacial es el de la detención.

Al narrar el momento de su detención, dice:

Como se dice que les sucede a los ahogados, vi sucederse con prodigiosa instantaneidad en la pantalla interior imágenes deshilvanadas: trozos de calles, un vagón del metro, el andamio entrevisto horas antes.

Tal es el tono del libro. Al salir de la cárcel, V́ctor Serge se había

(1) Editorial Cenit. Madrid, 1930.